



Max Steele

Máximas de un padre literario

Tim Keppel

Traducción del inglés Sol Colmenares

Max Steele, estimado profesor de la Universidad de Carolina del Norte, tenía fama de ser capaz de determinar, después de leer una página o incluso un párrafo del trabajo de alguien, si tenía el potencial de llegar a ser un escritor. Y si consideraba que valía la pena, haría todo lo que pudiera para ayudarlo. Esta imagen de juez de talentos, gurú y fabricante de estrellas hizo que me sintiera intimidado, y esperé con inquietud y emoción el día en que me juzgaría.

Cuando supe en la secundaria que no iba a lograr ser atleta, decidí volverme escritor. Obsesivo por naturaleza —al punto de practicar ocho horas diarias de baloncesto—, puse la misma dedicación a la escritura. El verano antes de comenzar la universidad viví en la casa del lago, propiedad de la familia, trabajaba en las noches en una pizzería y leía y escribía todo el día.

Max era un sureño grande y de voz suave, con sonrisa pícaro y refinada dicción (“litratura”, pronunciaba). Su hoja de vida nos impresionaba: mientras vivió en París, ayudó a fundar, junto con George Plimpton, *The Paris Review*. Había sido amigo de Richard Wright, cuya esposa era la agente de Max. Y había tenido un romance con Alice Adams, sobre el que ambos habían escrito cuentos.

Recientemente, sin embargo, su escritura había ido disminuyendo hasta detenerse, y había mucha especulación sobre el porqué. Algunos dijeron que se había secado el pozo de la particular escritura que estaba creando. Alguien alegó que se había presentado en la sala de profesores con aliento alicorado. Pero la mayoría sostuvo que simplemente agotaba toda su energía creativa enseñando y sirviendo de mentor.

Desde el primer día del curso, lo escuché embelesado, confiándole cada palabra a la memoria. Max nos hacía sentir que nuestro compromiso con la escritura era un vínculo sagrado; no un hobby, ni siquiera una vocación, era un llamado, era una vida. Y nos hablaba como si estuviéramos casi ahí. “Asegúrense de conseguir un agente de Nueva York”, nos decía. “Ningún agente fuera de Nueva York servirá. Y deben contratar

a un fotógrafo profesional”. Nos preguntábamos si este consejo no era un poco prematuro, dado que ninguno de nosotros había publicado una palabra. Pero estábamos inspirados. Max nos hizo sentir que ningún otro esfuerzo, en comparación, sería tan valioso.

En la UNC, una universidad sureña, Faulkner era el rey. Su trabajo lanzaba una larga sombra sobre cualquiera que intentara escribir. El consejo de Max vino de John Gardner: “Lean todo el Faulkner que puedan y después lean Hemingway para limpiar el sistema”. Con respecto a escribir “literatura sureña”, nos previno para no sobreactuarnos. “Tómense con calma el dialecto. Con poco alcanza. Y con respecto al color local, sólo les está permitido un ruiseñor o una magnolia en cada cuento”.

Otras máximas que quedaron grabadas en mi cerebro: “La primera tarea de un escritor es ser interesante”. “Usa una máquina de escribir en lugar de un lapicero porque las ideas son como bandadas de gansos: tienes que matar tantos como puedas antes de que se vayan”. “Escribe lo que está pasando en tu vida: crees que lo recordarás todo, pero no es así”. “Un cuento sobre niños debe ser, en esencia, sobre adultos”. “Si alguna vez quieres escribir sobre un sueño, toma una ducha fría”. “Escribir es un acto solitario; pon un grupo de escritores juntos y dejarán de escribir”. “Los poetas envidian a los narradores como los odontólogos envidian a los médicos”. Y “Toda esta conmoción sobre la nueva ficción experimental de Pynchon y Barth y Brautigan pasará. He visto estas ‘nuevas olas’ antes, decía. Nunca duran”.

Max dijo que le alegraría ayudar a cualquiera que quisiera trabajar. “Pero no vengán a mi oficina a decir babosadas hablando de escritura. Ya he tenido bastante de eso. Tráiganme un manuscrito y hablaremos”. Una vez, después de asignar un ejercicio en clase, me dijo que estaba escribiendo muy lenta y deliberadamente. “Tienes que ser más espontáneo”, me dijo.

Max tenía un siniestro sentido del humor y le encantaba escandalizar. Al referirse a “Un hombre bueno es duro de encontrar”, de Flannery O’Connor, lo llamaba “Es bueno encontrar un hombre duro”. Y

a la novela de Doris Betts, *La dulce insurrección*, la llamaba *La dulce erección*. Cuando tuvo que llenar un formato en el que le preguntaban qué partes donaría a la ciencia médica, escribió: “El pene y las pelotas”. Señalaba que no había nada desagradable en nuestros fluidos, siempre y cuando se quedaran dentro de nuestros cuerpos. Pero que tan pronto como salían eran asquerosos.

Me preocupaba mostrarle mi trabajo a Max, especialmente después de lo que le pasó a mi amigo Dale. Dale se me adelantó y le entregó a Max un cuento antes que yo. Max le dijo que lo leería durante el fin de semana. Eso fue un viernes. Al parecer, Dale no pudo esperar y lo contactó demasiado pronto, lo que provocó que Max le soltara un largo discurso sobre la definición de “fin de semana”.

Mi cuento fue distribuido a toda la clase y discutido en un taller. Afortunadamente, a Max le gustó. Por una razón, había tenido la suerte de escribir sobre un tema muy cercano a su corazón: las relaciones padre-hijo. “El día más importante en la vida de un hombre”, decía Max citando a Camus, “es el día en que muere su padre”. Max atravesaba un doloroso divorcio y estaba preocupado por sus dos jóvenes hijos. Cuando leyó mi segundo cuento, que iba por la misma línea, me sugirió que lo convirtiera en una novela. Esto me dio un cierto prestigio, aunque injustificado, entre mis compañeros de clase.

Aunque no estaba preparado para escribir una novela a los veinte años, me metí de cabeza en la tarea. Con el imprimátur y el aliento de Max, comí, bebí y dormí pensando en la novela. Una vez, Max me vio cruzando el campus tomando notas mientras caminaba. Esto, me dijo, demostraba que yo era un escritor de verdad. “Un escritor es alguien que recuerda todas las palabras que se dijeron en la fiesta de la noche anterior”, me dijo Max. “Tiene la sensación de haber dicho algo mal a alguien, de no haberse expresado bien. Vuelve sobre los diálogos en su cabeza y está siempre revisándolos”.

“No te apartes de esta voz”, me dijo Max sobre mi novela. “Es tan natural, y yo sé que lograr que una voz suene natural es trabajo duro. La voz es ocurrente, pero en el fondo es inocente. Creo que el protagonista

bien podría ser virgen”. Miré a Max sin decir nada. “¿Sabes que le falta a esta novela?”, dijo Max. “Una escena de masturbación”. Me recomendó que leyera *El lamento de Portnoy*.

* * *

Terminé la novela poco antes de la graduación. Max me dijo que había llorado al final. Me dijo que iba a ser publicada. Me remitió a su agente: su agente de Nueva York. Un día vino a la ciudad y Max invitó a algunas personas para que la conocieran. Siempre intimidado ante la presencia de Max, me sentía especialmente nervioso ese día. Max había hecho dividir su casa de modo que él vivía en una mitad y su esposa en la otra, mientras que los chicos tenían vía libre. Max anunció que le habían encargado un artículo para *Esquire*. Había escrito uno diez años atrás llamado “Escritura universitaria en los años sesenta”; en el que describía la influencia de las instituciones sociales fracturadas, incluyendo la familia. Ahora querían que escribiera uno llamado “Escritura universitaria en los años setenta”. Dijo que iba a escribir sobre “el regreso del padre” y que quería acompañar su artículo con muestras de trabajos de estudiantes, incluyendo el mío.

No lo podía creer: ¿ser publicado en *Esquire*! Pero aunque la revista le pagó a Max por el artículo, nunca lo sacaron. Y aunque la agente envió mi novela a un par de editoriales, nunca fue aceptada.

Cuando me gradué, fui admitido a varios programas de posgrado, pero temía que la academia fuera como la muerte para un escritor. “¿Qué debo hacer?”, le pregunté a Max. “Cásate con una mujer rica”, me aconsejó.

* * *

Queriendo descubrir el mundo, tener aventuras y vivir lo que yo intuía como la vida de un escritor, empecé por irme a Nueva York a manejar un taxi. Cuando le conté a Max lo que estaba haciendo, me dijo: “Nueva York no es el lugar. Tienes que ir a California. Conozco algunas personas en un programa de escritura allí. Te recomendaré”.

Así que me fui a California, asombrado por el poder de Max para influir en la vida de una persona. Me preguntaba si alguna vez dudó en usarlo. Algunas veces también me pregunto si habría continuado escribiendo

sin su apoyo o si habría sucumbido a la presión de ejercer una carrera más segura, más lucrativa. Tal vez habría sucumbido, o tal vez habría encontrado otro Max, o habría inventado uno.

Después de dos años en California, volví a Carolina del Norte y me casé, aunque sentía que esto era algo que un escritor debería evitar, pues te inhibiría, te domesticaría y reduciría tus posibilidades de tener experiencias emocionantes. Cuando le presenté mi esposa a Max, me dijo: “Ah, ¿ésta es tu primera esposa?”.

Nos mudamos a una pequeña casa de madera al lado de la casa de sus padres y yo continué con los trabajos de medio tiempo de salario mínimo, lo que consideraba como un requisito para un escritor dedicado: ninguna carrera profesional o trabajo corporativo que contaminara mi visión o socavara mi tiempo. Los trabajos de baja categoría, en una sala de video juegos y en una delicatessen venidos a menos, probaron ser útiles para leer todos los mamotretos clásicos —*Crimen y Castigo*, *Ana Karenina*, *En busca del tiempo perdido*—, que son esenciales para cualquier escritor. Había leído que el padre de John Milton lo mantuvo durante diez años, de los veinte a los treinta, para que pudiera leer todos los clásicos antes de empezar a escribir. Esto sirvió como un contrapeso de esperanza a los desalentadores ejemplos de jóvenes prodigios como Fitzgerald y McCullers, quienes escribieron obras maestras en sus tempranos veinte años.

Los años pasaban y yo me acercaba a los treinta. Mis amigos y hermanos ya habían consolidado sus carreras y yo estaba ganando el salario mínimo, re-escribiendo con obstinación una novela que había empezado en California. Le dije a Max que los profesores de allá me habían aconsejado evitar los flashbacks. “Eso es porque los californianos no tienen pasado”, dijo Max. Finalmente la terminé y se la mostré. Brutalmente franco, me dijo que era un buen libro hecho por “un buen escritor sin nada que decir”.

* * *

Quedé devastado. Fue una de las épocas más oscuras de mi vida. Treinta años y de vuelta a cero. Tenía que hacer algo drástico para escapar del estancamiento, para darle una sacudida a las cosas. Necesitaba arrancar, viajar, explorar. Impulsivamente, aunque aún estaba enamorado de mi esposa, la dejé de manera abrupta y empecé mis viajes: Filadelfia, Florida,

Nicaragua y, finalmente, Colombia. Fui de lugar en lugar, de trabajo en trabajo, de mujer en mujer (o con frecuencia, solo), sin carrera, sin dinero, sin servicio de salud, sin familia o amigos cerca que me apoyaran. Viviendo precariamente, empecé a lograr resultados. Mis cuentos aparecían en las revistas, una docena, dos docenas. Quería enviárselas a Max, mostrarle que su fe en mí no había sido en vano. Pero decidí esperar hasta que tuviera una sólida colección.

A pesar de todas estas tribulaciones, tenía la certeza de que Max estaba detrás de mí, enviándome buenos deseos, esperando con la respiración contenida las noticias de mi éxito. Para que supiera que iba por buen camino, le escribí una postal desde Colombia en un exaltado tono estilo Kerouac, haciendo un recuento de mis aventuras y continuos esfuerzos. Unas semanas después tuve noticias de él: “Revisando mis archivos, veo que he tenido catorce Tims en mis clases. Por favor indique cuál de ellos es usted”.

Abatido, empecé a preguntarme si había imaginado su interés en mí. ¿Era yo apenas uno de los muchos a los que él casualmente les había dado esperanzas? ¿Me había fabricado un padre literario que no tenía ningún deseo de asumir su paternidad?

Después de algunas deliberaciones, le respondí aclarando quién era yo. Para mi alivio, pareció agradecerle saber de mí, y, para mi sorpresa, dijo que le gustaría venir y hacerme una visita. Como una sorpresa más grande, dijo que le gustaría que lo llevara al distrito rojo, ya que estaba interesado en escribir un artículo sobre burdeles.

* * *

Sin embargo, Max nunca hizo el viaje y yo sólo lo vi una vez más, en una visita que hice a Carolina del Norte. Ya tenía ochenta años, estaba viejo y frágil, caminaba despacio y le temblaban las manos. Le dije que estaba organizando mi colección de cuentos y que tan pronto como fuera publicada le enviaría una copia. Pareció alegrarse.

Pero luego Dale escribió y me contó que Max había muerto. Él lo había visto en el supermercado apenas el mes anterior. Yo estaba conmocionado. Me sentía como si hubiera perdido un padre.

Buscando en la red, encontré una remembranza de Max, escrita por Doris Betts. Contaba que antes de su muerte, Max había comprado un lote en el cementerio de Gimgul, cerca al campus. La lápida decía *Max Steele*, y

fue cuando empezó a correr el rumor de que Max había muerto. Así que Max hizo cambiar la lápida para que dijera: *Max Steele – Aún no*.

También encontré un pequeño artículo que Max publicó en el *Washington Post* un año antes de su muerte. Decía:

Durante mis años de docencia, me he sentido intrigado por la ausencia del padre en la escritura universitaria y en la literatura norteamericana. Comienzo por señalar la famosa *Carta al padre* de Kafka, llena de acusaciones y admisiones y que nunca fue enviada. La carta es quizás lo más abierto y asequible de todo el trabajo de Kafka. Le muestra a su padre su corazón desnudo.

Con frecuencia les pregunto a mis estudiantes quiénes le han dicho a su padre: “Te amo”. Muchas chicas, pero pocos chicos dicen que sí. Pronto muchos estudiantes escogen escribir, en lugar de un tercer cuento requerido, una carta a su padre.

Para comenzar el nuevo siglo, hago pintar las paredes de mi casa. Es una manera de decirme a mí mismo, al menos, si no a mis hijos, que no me iré a un ancianato. En la redecoración, muevo la foto de mi padre de un corredor poco iluminado, donde creí que se desvanecería menos, a una pared más allá del pie de mi cama. Es lo primero que veo cada mañana.

El retrato de mi padre se está desvaneciendo rápido. El cabello es ahora amarillo pálido, y no naranja-rojizo, o dorado, como era entre los árboles de mandarina y de limón de mi infancia, y la cara rubicunda es blanca. Algunas veces, a la luz del amanecer, es un cráneo, pero si me despierto más tarde, es un fantasma. Completamente despierto y en la luz solar de la mañana, veo mi propia cara en el retrato, como la vieron mis estudiantes. Y en ella, ahora veo también la vida del anhelo.

Ahora soy un profesor universitario y todos los años enseño uno de los cuentos de Max. A mis estudiantes les encanta. Es una manera de mantenerlo vivo para una nueva generación de escritores. Es una manera de mantenerlo vivo para mí. ■

Tim Keppel (Estados Unidos)

Escritor y docente de la Universidad del Valle, Cali. La editorial Alfaguara publicó su colección de cuentos, *Alerta de terremoto*, y su novela *Cuestión de familia*. Ha publicado cuentos, crónicas y reseñas en *El Malpensante*, *Número*, *El Espectador*, *Arcadia*, *Odradek* y *Revista Universidad de Antioquia*, entre otras.